

LIBRO SÉPTIMO.

La Eva del abismo.

I.

El despertar.

Dea?... Parecía á Gwynplaine que miraba despuntar el día en Corleone-lodge (mientras sucedían las aventuras que acabamos de narrar en la posada Tadcaster), que ese grito venía del exterior; pero ese grito salía de dentro de él. ¿Quién no ha oído los profundos clamores del alma?

Rayaba además el día, y el alba es una voz. ¿De qué serviría el sol si no aprovechase para despertar la conciencia, esa sombra dormida?

La luz y la virtud son de la misma especie.

Que Dios se llame Cristo ó que se llame Amor, hay momentos en que el hombre mejor le olvida, y todos necesitamos, hasta los santos, una voz que nos lo recuerde, y la aurora nos hace esta advertencia sublime. La conciencia nos grita cuando aparece el deber, como el gallo canta cuando aparece el día. El corazón humano es un caos que oye el *Fiat lux*.

Gwynplaine—continuaremos llamándole así, porque Clancharlie es un lord y Gwynplaine un hombre;—Gwynplaine resucitó, por decirlo así.

—Y Dea? se preguntó.

Sintió en las venas como una transfusión generosa. Algo saludable y tumultuoso se precipitaba en él. La irrupción violenta de los buenos pensamientos es la vuelta á su casa de alguno que no tiene la llave y fuerza honradamente su propio domicilio; tiene que escalarlo.

—Dea! Dea! Dea! se repetía apoyándose en su corazón, y preguntándose en voz alta:

—¿Dónde estás?

Asombrado de que no le contestase, mirando el techo y las paredes en medio del extravío, en el que la razón iba á aparecer, repitió:

—¿Dónde estás? y yo, dónde estoy?...

Por la cámara, por la jaula, empezó á dar vueltas como fiera encerrada.

—¿Dónde estoy? En Widsor. Y tú?

En Southwark. ¡Dios mío, esta es la primera vez que estamos separados! ¿Quién nos separa? Aquí yo y tú allá... Esto no puede ser y no será.

Después de una pausa continuó su monólogo en voz alta:

—¿Quién me habla de la reina? Yo no la conozco. Me han cambiado de posición; y por qué? porque soy lord. ¿Sabes lo que pasa, Dea? Que tú eres mi lady. Suceden cosas asombrosas. Se trata de volver á encontrar mi camino. ¿Me habrán extraviado? Un hombre me habló con mucha oscuridad. Me acuerdo que me dirigió estas palabras:—Milord, la puerta que se abre cierra otra puerta; lo que está detrás de vos ya no existe. Yo debí contestarle:—Sois un cobarde! —porque ese miserable me decía todo eso cuando yo no estaba despierto todavía; abusando de los primeros momentos de mi asombro, yo fui su presa. ¿Dónde está? que venga y le insultaré... Me hablaba sonriendo. Pero ya he vuelto en mí, y ahora es diferente. Están muy equivocados si han de hacer lo que quieren de lord Clancharlie. Seré par de Inglaterra, pero siendo Dea mi pairia. Imponerme condiciones! Falta que yo quiera aceptarlas. Me las impondrá la reina. La reina qué me importa? Yo no la he visto nunca. No soy lord para ser esclavo; quiero entrar libre en el poder. Me han desencadenado para esto? Dea, Ursus, estaremos siempre juntos; era lo que vosotros, pues seréis lo que soy. Venid!... No... Yo iré... y pronto, en seguida. Ya me habreis esperado demasiado tiempo. ¿Qué pensarán al ver que no vuelvo? Cuando reflexiono que le envié aquel dinero, que yo necesito... Ahora recuerdo que me dijo aquel hombre que no podía salir de aquí. Ya lo veremos. ¡Venga un coche, venga un coche, que enganchen! Quiero ir á buscarlos. ¿Dónde están los criados? Debo tener criados, ya que soy señor. Soy el dueño del palacio, y torceré los cerrojos, romperé las cerraduras y destrozaré las puertas á puntapiés. Al que me impida el paso le atravesaré con mi espada, porque ahora tengo espada; quisiera que me lo impidiesen. Tengo á mi mujer, que es Dea, y á mi padre, que es Ursus. Mi nombre es una diadema, y quiero ceñírsela á Dea. En seguida. ¡Dea, ya estoy aquí!... ¡Pronto habré atravesado el espacio que me separa de ella!...

Calló, y levantando el primer portier que encontró á su paso, salió de la cámara impetuosamente. Se halló en un

corredor, siguió adelante y se encontró con otro. Todas las puertas estaban abiertas, y continuó andando de cámara en cámara, de corredor en corredor, buscando la salida.

II.

Semejanza de un palacio con un bosque.

Corleone-lodge era un palacio á la italiana, según ya dijimos, y en los palacios de esta clase había pocas puertas y muchos cortinajes, portiers y mucha tapicería. En esta época todos ellos contenían un hormiguero de cámaras y de corredores, en los que abundaba el fausto, llenos de dorados, de mármoles, de cinceladuras y de sedas de Oriente, formando rincones muy oscuros y rincones con gran claridad. Había gabinetes ricos y alegres, de reluciente barniz, con loza de Holanda ó con azulejos de Portugal; con largas y altas ventanas, algunas de ellas todas acristaladas, y que eran hermosas linternas habitables. Los guardarropas tenían la forma caprichosa de cajas de bombones, y se llamaban los "pequeños aposentos". En ellos se cometían los crímenes. Estos sitios eran á propósito para matar al duque de Guisa y para extraviar á la hermosa presidenta de Sylvecane, y más tarde para ahogar los gritos de los jovencillos que robaba Lebel. Sitios complicados y laberínticos para los que entraban en ellos por primera vez; lugares seguros para conservar los raptos; fondo oscuro, donde se hundían las desapariciones. En esas elegantes cavernas los príncipes y los señores depositaban su botín: el conde de Charolais ocultaba en ellos á madame Courchamp; M. de Monhulé escondía en ellas á la hija del arrendador de la Crois, Saint-Lenfroy; el príncipe de Conti ocultaba en ellas á las dos hermosas panaderas de la Ile-Adam; el duque de Buckingham á la pobre Pennywell, etc. etc. Los hechos que se verificaban allí eran los que la ley romana clasificaba de *vi, clam et precario*; esto es, que se realizaban por fuerza, en secreto y durante poco tiempo. El que entraba allí residía en esos sitios el tiempo que quería el capricho de su dueño. Esos sitios participaban del claustro y del serrallo; escaleras interiores giraban subiendo y bajando. Espiral de cámaras, encajándose, os llevaba al sitio de la entrada. La galería terminaba en un oratorio: el confesionario se ingería en una alcoba. Las ramificaciones del coral y los agujeros de las esponjas sirvieron probablemente de modelos á los arquitectos de "los pequeños aposentos", reales y señoriales, y eran laberínticos. Retratos que cubrían aberturas, ofrecían entradas y salidas. Había allí verdadera maquinaria, que era necesaria, porque se representaban dramas. Los pisos de esas colmenas llegaban desde las cuevas hasta las buhardillas. Madrépora caprichosa, incrustada en todos los palacios, empezando por el de Versalles, y que servía como de habitación á los pignones en la morada de los Titanes, eran los corredores, los nidos, los alvéolos y los escondrijos; todas las clases de agujeros en que se esconden las debilidades de los poderosos.

Esos sitios, serpenteantes y amurallados, despertaban ideas de varios juegos, del de los ojos vendados, del de coger las manos á tientas, del de la risa refrenada, del de la piu, etc., y al mismo tiempo hacia pensar en los Atridas, en los Platagenets, en los Médicis, en los salvajes caballeros de Elz, en Rizzio, en Monaldeschi y en las espadas que persiguen á un fugitivo de cámara en cámara.

La antigüedad tenía también misteriosos sitios de este género, como lo prueba la muestra conservada debajo de tierra en ciertos sepulcros de Egipto; por ejemplo, en la cripta del rey Psamético, descubierta por Passalacqua. Se vé también en los antiguos poetas el sobresalto que les causaban las construcciones sospechosas. *Error circumflexus, locus implicitus gyris*.

Gwynplaine se encontraba en los pequeños aposentos de Corleone-lodge. Deeseaba febrilmente salir de allí, verse fuera del palacio y volver á Dea. El entrelazamiento de corredores, de gabinetes, de puertas secretas y de puertas imprevistas le detenía y le desmayaba; quería correr y tenía que vagar perdido; creía haber ganado una puerta y tenía que desenredar una madeja: detrás de una cámara encontraba otra, pero en ninguna veía ni un sér viviente, ni observaba ningún movimiento. A veces creía que volvía atrás; á veces creía que alguien avanzaba hasta él, pero no era nadie; era que él mismo se veía retratado en un espejo, con traje de lord; era un Gwynplaine inverosímil: se reconocía, pero no de pronto. Andaba, metiéndose por todos los pasajes que se le iban presentando, buscando inútilmente la

salida. No la encontraba. No podía orientarse. Nada marea tanto como la opulencia que se adquiere por la primera vez, y además el palacio era un dedalo. A cada paso una magnificencia le presentaba un obstáculo, como resistiéndose á que se marchase de allí: estaba cogido con la liga de las maravillas, que le retenían contra su voluntad.

—Qué horrible palacio! exclamaba.

Y daba vueltas en el laberinto, preguntándose si le habían preso allí, é irritándose por no poder respirar al aire libre. A veces llamaba, pero en vano; nadie le respondía.

Las cámaras nunca terminaban; estaba en un desierto silencioso, espléndido y siniestro. Así deben ser los castillos encantados.

Fuego oculto mantenía en los corredores y en los gabinetes una temperatura de estío; parecía que un mago hubiese cogido el mes de Junio y lo hubiera encerrado dentro de ese laberinto. A veces se perfumaba el ambiente y le atravesaban bocanadas de aroma, como si hubiera allí flores invisibles. Hacia calor y estaba todo entapizado de tal manera, que por allí se pudiera pasear desnudos. Gwynplaine miraba por las ventanas y cambiaba de aspecto lo que veía. Ya distinguía jardines impregnados de la frescura de la primavera y de la mañana, ya otras fachadas con otras estatuas, ya patios á la española, ya un río, que era el Támesis, ya una gruesa torre, que era Windsor.

Era tan temprano aun que por fuera no se oían transeúntes, aunque Gwynplaine se paraba y se ponía á escuchar.

—¡Pues he de salir de aquí, he de ir á reunirme con Dea! Aquí no me detendrán á la fuerza. ¡Desgraciado el que me impida salir! Dea! Dea!

De repente oyó un ligero ruido, parecido al del agua que mana. Se encontraba en una galería estrecha, oscura, y cerrada á algunos pasos delante de él por una cortina partida por el medio. Separó la cortina y entró, penetrando en lo desconocido.

III.

Eva.

Gwynplaine se encontró en una sala octógona, abovedada, en forma de asa de cesta, sin ventanas, alumbrada por el techo, cuyas paredes, piso y bóveda estaban revestidos de mármol amari-

lento; en medio de dicha sala había un baldaquí (1), con el pináculo de mármol negro, cuyo baldaquí estaba sostenido por columnas torcidas del estilo pesado de Elisabet, y cubría una pila de baño de mármol, también negro; un surtidor de agua olorosa y tibia llenaba lentamente la pila, pila negra, dispuesta de ese color para hacer brillar en ella la blancura.

La caída de dicha agua era el murmullo que Gwynplaine oía.

En la sala no se veía ningún mueble, si se exceptúa que había al lado del baño una de esas sillas-camas, con cojines bastante largos para que una mujer que se extendiese sobre ellos pudiese tener á sus piés á su perro ó á su amante. De la frase *can-al-pié* se formó la palabra *canapé*. Pues allí había un canapé, solo que era por bajo de plata. Los almohadones eran de seda blanca. Al otro lado del baño se levantaba, pegado á la pared, un escaparate de toilette de plata maciza, con todos sus utensilios, que tenía en su centro ocho pequeños espejos de lunas venecianas ajustadas en marco de plata y figurando una ventana.

En el plano cortado más inmediato al canapé se veía entallada una abertura cuadrada, que se parecía á una ventana y que estaba tapada con una tablilla formada por una lámina de plata rojiza; esta tablilla tenía gonces, como un postiguiillo. Sobre la plata rojiza de la lámina brillaba una corona real dorada; encima había suspendido un timbre.

Frente á frente de la entrada de la sala y de Gwynplaine, que se paró al entrar, se cortaba el plano de mármol y le reemplazaba una abertura de sus mismas dimensiones, que llegaba hasta la bóveda y que estaba cerrada por una ancha y alta tela de plata; esta tela sutil era transparente y se veía al través de ella. En el centro de la tela, en el sitio en que ordinariamente se coloca la araña, Gwynplaine vió una cosa extraordinaria, una mujer desnuda.

Pero no desnuda al pié de la letra, porque iba vestida de piés á cabeza; su vestidura consistía en una camisa muy larga, como las túnicas de los ángeles en los cuadros religiosos, pero era tan fina, que parecía que estaba mojada, y esta semi-desnudez de la mujer es más traidora y más peligrosa que la desnudez completa. La historia refiere proce-

(1) Especie de dosel sostenido por columnas.—(N. del T.)

siones de princesas y de grandes damas, entre dos filas de monjes, en las que, bajo el pretexto de llevar los piés descalzos para sufrir la humedad, la duquesa de Montpensier se exhibía así por todo París, con camisa de encaje... pero con el correctivo de llevar un cirio en la mano.

La tela de plata, diáfana como un cristal, era una cortina que, estando solo fija por arriba, podía correrse, y separaba la sala de mármol, que era un cuarto de baño, de otra cámara, que era el gabinete de dormir; éste, diminuto, era una especie de gruta de espejos. Por todas partes lunas de Venecia, contiguas, ajustadas poliédricamente y encuadradas con varillas doradas, reflejaban el lecho, que ocupaba el centro. En ese lecho, que era de plata, como la toilette y como el canapé, estaba acostada una mujer, que dormía. Dormía con la cabeza inclinada hácia atrás y rechazando con un pié el cubrecama; la almohada de guipure le había caído en tierra, sobre el tapiz.

Entre su desnudez y la mirada se interponían dos obstáculos, su camisa y la cortina de gasa de plata, esto es, dos transparencias. El gabinete, más alcoba que gabinete, estaba alumbrado por el reflejo de la sala de baño. La mujer quizás no fuese pudorosa, pero lo era la luz.

El lecho no ostentaba columnas, ni dosel, ni nada encima, de modo que cuando la mujer acostada abría los ojos, podía verse reproducida mil veces en los espejos que brillaban sobre su cabeza.

Las sábanas y cubrecama manifestaban el desorden de un sueño agitado; la belleza de sus pliegues indicaba la finura de las telas. Era aquella la época en que una reina que se figuraba estar condenada, creía que era el infierno una cama hecha de groseras telas.

Por otra parte, el modo de acostarse á dormir semi-desnudos provenía de Italia y se remontaba hasta los romanos. *Sub clara nuda lucerna*, dice Horacio.

Una bata de seda singular, de China quizás, entre cuyos pliegues se entreveía un lagarto de oro, estaba tendida sobre los piés de la cama. Más allá de ésta, en el fondo de la alcoba, debía haber una puerta secreta cuyas junturas marcaba un gran espejo, sobre el que resaltaban pavos reales y cisnes pintados: en dicho oscuro departamento todo relucía.

En la cabecera del lecho había fijo un pupitre de plata con listones, que giraban, y con candeleros fijos, en el que se

veía un libro abierto que encima de todas sus páginas tenía este título, escrito con letras grandes y rojas: *Alcoranus Mahumedis*.

Gwynplaine no se apercibió de ninguno de estos detalles; la mujer era lo único que contemplaba. Estaba á la vez petrificado y trastornado, dos cosas que parece que se excluyen, pero era así.

Reconocía á aquella mujer, que estaba con los ojos cerrados y el semblante vuelto hácia él; era la duquesa, ¡el sér misterioso que amalgamaba todos los resplandores de lo desconocido, la que hizo brotar en él delirios inconfesables, la que le escribió tan extraña carta! La única mujer del mundo de la que Gwynplaine podía decir: Me ha visto y me desea. El la arrojó de su imaginación, quemó la carta y la relegó lo más lejos que le fué posible de su pensamiento y de su memoria, olvidándola casi completamente.

Volvió á verla y se le presentaba de un modo terrible, porque la mujer desnuda es una mujer armada.

Gwynplaine no podía respirar; se sentía como elevado sobre un nimbo y arastrado hácia ella y no dejaba de mirarla. ¿Era posible encontrarse de esta manera á semejante mujer?

En el teatro era duquesa y aquí era nereyda, máyade, hada. Allá y aquí una aparición. Trató de huir, pero fueron inútiles sus esfuerzos; sus miradas eran para él dos cadenas que le ataban á aquella vision.

Era cortesana? era virgen?... Las dos cosas. Mesalina, acaso presente en lo invisible, debía sonreír, y Diana, velar. Destellaba aquella hermosura la claridad de lo inaccesible, y no hay pureza comparable á su forma casta y altiva. Se conoce la nieve que nadie ha tocado; la blancura sagrada de la Yungfran es la de aquella mujer. La divinidad de un sueño agosto se transpiraba de su frente inconsciente, de su suelta cabellera, de sus pestañas caídas, de sus azuladas venas, vagamente visibles; de la redondez escultural de los pechos, de las caderas y de las rodillas, que se adivinaban al través de la camisa. Esta impureza se disolvía en resplandecimiento, porque aquella criatura casi desnuda estaba tan tranquila, como si tuviese derecho á participar del cinismo de los dioses; se creía ser olímpica, hija del abismo, y poder llamar padre al Océano; y se exhibía, inabordable y soberbia, á las miradas, á los deseos, á los delirios y á

las demencias de todo el que pasase, adormecida tan orgullosamente en aquel lecho, como Vénus, entre espuma, en la inmensidad.

Se durmió por la noche y prolongaba su sueño hasta muy entrado el día, con confianza que empezó en la oscuridad y que continuaba en la luz.

Gwynplaine, estremeciéndose, la admiraba. Admiración dañosa, que le interesaba demasiado y le causaba miedo.

La caja de sorpresas de la suerte no se agota nunca, y Gwynplaine creía ya haberla agotado, pero en este momento comprendió su equivocación. ¿Qué significaban aquellos relámpagos brillando sin cesar á sus ojos y lanzándole á él el rayo de una diosa dormida?... ¿Qué significaban aquellas aberturas sucesivas de cielo, de las que salía al fin el bello ideal deseado y temible? ¿Qué significaban las complacencias del tentador desconocido, que le juntaban, una después de otra, sus aspiraciones vagas, sus confusas veleidades con sus malos pensamientos convertidos en carne viva, oprimiéndole con la embriagadora serie de realidades sacada de lo imposible? ¿Qué significaba su vértigo arreglado expreso? Por qué estaba allí aquella mujer? Por qué y cómo? No podía explicárselo. Ni comprendía por qué estaban allí ella ni él. ¿Le hacían par de Inglaterra expresamente para esta duquesa? ¿Quién los juntaba á los dos? ¿Quién era el engañado? ¿Quién era la víctima? Todo esto no lo veía Gwynplaine con claridad, pero lo entreveía al través de las nubes que cruzaban por su cerebro. Oscuras fuerzas le agarrotaban misteriosamente y estaba encadenado y sin voluntad. Se creía esta vez que estaba loco irremediablemente, y continuaba la sombría caída á pico en el precipicio del deslumbramiento.

Aquella deidad continuaba durmiendo: el estado de Gwynplaine iba agravándose por momentos, y no veía ya á la lady, ni á la duquesa, ni á la dama, sino á la mujer.

Las desviaciones existen en el hombre en estado latente. Los vicios tienen preparado en nuestro organismo una huella invisible, hasta cuando somos inocentes y puros en la apariencia. Estar sin mancha no es estar sin defecto. El amor es una ley. La voluptuosidad es una red; en ella existe la embriaguez y la borrachera; la embriaguez consiste en desear una mujer y la borrachera en desearlas todas.

Gwynplaine, fuera de sí, temblaba. Cómo resistir aquel encuentro? Allí no había excesos de ropa, ni toilette prolija y coqueta, ni exageración galante, que se enseña y que se oculta; allí no había ninguna nube; solo veía la desnudez en su terrible concisión, una especie de suma misteriosa, descaradamente edénica. Eva siendo peor que Satanás. Lo humano y lo sobrehumano amalgamados. Extasis inquieto, que conduce al triunfo brutal del instinto contra el deber. El contorno soberano de la hermosura es imperioso, y cuando sale de lo ideal y se digna ser real, aproximarse á él es funesto para el hombre.

Algunas veces la duquesa mudaba de sitio blandamente en la cama y adquiría los vagos movimientos del vapor en el azul del cielo, y cambiaba de actitud como la nube cambia de forma; ondulaba, componiendo y descomponiendo curvas encantadoras. La mujer tiene todas las flexibilidades del agua, y como ésta, tenía la duquesa un no sé qué de intangible, y ¡cosa extraña! su carne era visible y permanecía siendo esa mujer quimérica. Gwynplaine, conturbado y pálido, la contemplaba. Sentía palpar su pecho y creía oír la respiración de un fantasma. Se sentía atraído y se esforzaba por resistir á la atracción. ¿Qué hacer contra ella? ¿qué hacer contra él?

Cualquier cosa esperaba encontrar Gwynplaine en el palacio menos esta tentación; un guardian feroz vigilando á la puerta, algún furioso carcelero con quien combatir; creía tropezar con Cervero y tropezaba con Hebe.

¿Cómo combatir con una mujer dormida?

Gwynplaine cerraba los ojos, deslumbrado por un exceso de luz; pero, al través de los cerrados párpados, la entreveía más tenebrosa, pero más seductora aun.

Huir no era fácil; probó y no pudo: al ir á retrogradar, la tentación le clavó los pies en el piso; avanzar le era posible, retroceder, no. Los invisibles brazos de la falta salen del suelo y nos arrojan por la pendiente.

Que la emoción se gasta, es una de las vanalidades que acepta todo el mundo, y es una falsedad. Es como si se dijera que cayendo ácido nítrico gota á gota sobre una llaga, ésta se adormece y no duele. La verdad es que, á medida que se redobla, la sensación es más aguda.

Gwynplaine, de asombro en asombro, había llegado al paroxismo; su razón

era una copa que este nuevo estupor había rebosar. Carecía de brújula; solo tenía la certeza de estar delante de una mujer, y la irremediable felicidad que entreveía le parecía que iba á ser un naufragio, pero era incapaz de dirigir el rumbo; se lo impedían la corriente irresistible y el escollo; el escollo no era una roca, sino una sirena. El imán estaba en el fondo del abismo; quería Gwynplaine sustraerse á su atracción, pero no podía. No encontraba punto de apoyo. La fluctuación humana es infinita, y el hombre puede verse desamparado como el navío; su áncora es la conciencia, y la conciencia—es un hecho lúgubre—puede romperse.

A Gwynplaine no le quedaba ni aun el recurso extremo de decirse: Soy un hombre desfigurado y horroroso, ella me rechazará; porque aquella mujer le escribió que le amaba.

Era la duquesa! la tenía ante él, en su alcoba, en sitio desierto, dormida, sola y entregada á discreción.

Se vé brillar una estrella en el espacio y se la admira desde lejos, porque hay que temer de una estrella fija. Una noche se vé cómo cambia de sitio, y se distingue un estremecimiento de claridad á su alrededor. Este astro, que creímos impasible, se mueve, y ya no es estrella, es cometa: es el inmenso incendiario del cielo. El astro anda, crece y, sacudiendo su cabellera de púrpura, adquiere inmensa magnitud. Se dirige á la parte donde estais. ¡Oh, qué terror; viene hasta vosotros! el cometa os conoce y os desea. ¡Espantosa aproximación celeste! Os dá demasiada luz y os ciega, porque el exceso de vida dá la muerte. Rechazais el avance que os ofrece el zenit. Rechazais las proposiciones amorosas del abismo. Os tapais los ojos con las manos, os escondéis, os ocultais y os creéis salvados. Volveis á abrir los ojos y os encontráis otra vez con la temible estrella, que ya no es estrella, sino mundo: mundo desconocido, mundo de lava y de áscuas, devorador prodigio de las profundidades que llena el cielo. El carbunclo del fondo del infinito, que es diamante desde lejos, es horno de cerca, y os encontráis entre sus llamas, conociendo que comienza vuestra combustión por un calor de paraíso.

De repente la dormida se incorporó con brusca libertad; su cabellera suelta se esparció sobre sus hombros, que su caída camisa descubrió; contempló un instante sus pies desnudos, dignos de ser adorados por Pericles y copiados por Fidias, y después se estiró y bostezó como una tigre cuando sale el sol.

Gwynplaine respiraba con esfuerzo, como cuando se retiene el aliento.

—Quién está ahí? dijo bostezando y con meloso acento.

Gwynplaine oyó su voz, que desconocía; voz encantadora, acento deliciosamente altivo, que tenía la entonación de la caricia atemperando el hábito del mando.

Al mismo tiempo, arrodillándose sobre el lecho (existe una estatua antigua así arrodillada, formando pliegues transparentes), se atrajo la bata y se arrojó de la cama, y estuvo en pie, desnuda, el escaso tiempo que se necesita para ver pasar una flecha, y se envolvió rápidamente en la bata; las mangas de ésta eran tan largas, que le tapaban las manos.

Tiró hacia la espalda la mata de sus cabellos; se fué detrás de la cama, al fondo de la alcoba, y aplicó el oído al espejo, que indudablemente cubría una puerta; llamó al espejo con la diminuta curva que forma el dedo índice replegado, y dijo:

—Sois vos, lord David? ¿Pues qué hora es? Eres tú, Barkilphedro? Viendo que no le contestaban, se volvió hacia el otro lado.

—No, no es por esa parte, dijo. ¿Quién está en el cuarto del baño? Respondedme, porque nadie puede entrar por ahí.

Se dirigió hacia la cortina de tela de plata, la descorrió y entró en la cámara de mármol.

Gwynplaine sintió el frío de la agonía; era tarde para huir, y tampoco tenía fuerzas para esto. Deseaba que la tierra se abriera y le tragara; no podía evitar ya que le viesse.

La duquesa le vió y le miró, prodigiosamente asombrada, pero sin estremecerse, con una mezcla de felicidad y de desprecio.

—Calla, dijo, es Gwynplaine!

Súbitamente, dando un brinco violento, porque esa gata era una pantera, se

